

lo que fuere, es lo cierto que el ilustre polígrafo concluyó por cerrarse el paso asimismo, y que Martí se quedó sin ser biografiado por un Emilio Ludwig, quien tiene hoy el privilegio de ser “un biógrafo más de Simón Bolívar.”

Y es mejor que las cosas hayan tomado tal sesgo. La mentalidad de Ludwig no es de las mejor formadas para escribir la vida de José Martí. Nosotros hemos leído cuidadosamente volúmenes de Historia de América, escritos por “no latinoamericanos”, y hemos quedado desconcertados al advertir la carencia de emoción y de aquel nuestro sutilísimo poder para captar matices espirituales y sentir plenamente a las grandes almas del pretérito. En obra que pretende estudiarnos y ser fuente de consulta para la juventud universitaria, encontramos el mismo criterio, en el autor, para apreciar a José Gervasio Artigas y a Pancho Villa; y la emoción del historiador sedicente era la misma al estudiar a Bolívar y al Mariscal don Andrés de Santa Cruz.

En cosas de América, actúen los hijos de América que saben sentir y que en forma cabal interpretan la hondura y la ternura de nuestra sensibilidad, desconocida para otras razas.

No sin razón, recientemente, al recordarse el aniversario de la muerte de Zweig—el suicida de Petrópolis, según reza el título de delicioso trabajo de Manuel García Hernández—se hicieron muchos comentarios, precisamente alrededor de Zweig, de Ludwig y de Andrés Maurois; y se dijo, entonces, que a pesar de las excelencias del biógrafo de Disraeli, entre los hispanoamericanos hay muchos que le superan en fuerza descriptiva, en calor emocional, y que el Bolívar, verbigracia, de Ludwig, lo habría escrito insuperable, la pluma de Rufino Blanco Fombona. Entre los hijos de Cuba, muchos son los que habrán de humanizar a Martí y sabrán darnos su biografía insuperable.

Miraflores (Lima), 1944.

Tentativa revolucionaria

en contra del Presidente de Guatemala Estrada Cabrera.— Misión Diplomática de Nicaragua a El Salvador.—La revolu- ción del General Manuel Bonilla, en Honduras

Por Pío Bolaños (*)

De acuerdo con lo previamente convenido, entre los Presidentes Zelaya y Regalado, para iniciar una revolución en Guatemala, con el objeto de derrocar

(*) *N. del D.*—Este artículo del distinguido intelectual y político nicaragüense, don Pío Bolaños, continúa la serie de memorias históricas que viene publicando en “Repertorio Americano”. Tomo XL, Nº 19-20 y Tomo XLI, Nº 8 de 1944, de gran interés, por haber sido testigo de importancia el autor, como Secretario Privado del Presidente de Nicaragua, General José Santos Zelaya.

al Licenciado Estrada Cabrera, el primero se comprometió a enviar a El Salvador, el vapor de guerra nicaragüense "Momotombo", con armamento para armar a los emigrados guatemaltecos, que se encontraban en esa República.

Con ese fin, se artilló el "Momotombo", se embarcaron en él, dos mil rifles, algunos cañones y parque y, asimismo, víveres para la tripulación que custodiaba el barco, el que fué despachado a Acajutla, puerto salvadoreño.

En el mismo vapor, salió el general Fernando María Rivas, militar nicaragüense, de toda la confianza del Presidente Zelaya. El general Rivas, acompañado de cuatro ayudantes militares, prestaría sus servicios como representante militar del Gobierno de Nicaragua en el ejército que invadiría Guatemala.

El general Rivas llevaba, entre otras instrucciones, la de no permitir cambio alguno en la guarnición nicaragüense del "Momotombo", el que iría directamente bajo sus órdenes.

El "Momotombo", salió de Corinto hacia el 15 ó 16 de enero de 1903.

Asimismo, se nombró una legación acreditada ante el Gobierno Salvadoreño. Como jefe de ella se destinó al doctor don Fernando Sánchez, Ministro de Relaciones, quien había intervenido desde el principio en la proyectada combinación. Como Secretario de la Legación, se nombró al que estas líneas escribe; y como *Attaché* Militar, al coronel Horacio Zelaya, hijo del Presidente Zelaya.

Salimos de Corinto, el 25 de enero en la tarde, en un vapor de pasajeros, y al día siguiente, fondeamos en Amapala. Las autoridades hondureñas del puerto, al saber que iba a bordo una Legación nicaragüense, pasaron al vapor, a saludarnos. Conversando con dichos funcionarios, supimos que el general Manuel Bonilla que en esos momentos se encontraba en Amapala, había sido electo Presidente, por el voto popular en las elecciones, pero que el Congreso Hondureño se había disuelto, sin declarar la legalidad de dicha elección; que el Presidente, general Sierra, había dispuesto no entregar la Presidencia, hasta que el Congreso, legalizara dicha elección. Nos enteramos así, en Amapala, de las graves dificultades que ocurrían en Honduras y que nosotros no conocíamos a la fecha de nuestra salida de Corinto. Todo indicaba que de un momento a otro, estallaría allí una revolución.

Las autoridades del puerto nos invitaron para que bajásemos a tierra, pero el doctor Sánchez declinó la invitación; y en la tarde, seguimos para el puerto de La Unión, amaneciendo el vapor en este puerto salvadoreño.

Tan luego llegamos allí, vino a saludarnos al vapor el general José Dolores Presa, Comandante del puerto, invitándonos a almorzar en tierra. El doctor Sánchez se excusó: y sólo fuimos Zelaya y yo. El general Presa nos obsequió con un opíparo almuerzo. Este jefe nos confirmó, mientras almorzábamos, las noticias que obtuvimos en Amapala, agregándonos que a su juicio ya había estallado la revolución en Honduras y que el general Bonilla, organizaba fuerzas en Amapala para dirigirse a Tegucigalpa, en su carácter de Presidente electo.

A pesar de las atenciones, que con nosotros gastó el general Presa en esa ocasión y de los informes más o menos verídicos que nos proporcionó acerca

de lo que estaba ocurriendo en Honduras desde nuestra salida de Amapala el día anterior, resolví ser reservado con este militar salvadoreño y comandante del puerto de La Unión. En mi primera entrevista con él, me pareció bastante indiscreto, algo pagado de sí mismo y vanidoso. Me extrañó que siendo la primera vez que me conociera, me pusiera al tanto de las instrucciones, que en esos momentos recibía de la Casa Presidencial de San Salvador, así como de los telegramas que acababan de recibir de dos pueblos fronterizos de Honduras, en los que las autoridades de su jurisdicción le informaban haber cumplido sus órdenes permitiendo entrar a Honduras grupos armados de revolucionarios hondureños, o "Bonillistas". Naturalmente, le dí las gracias por sus valiosas informaciones.

Noté sí, que el general Presa ignoraba totalmente el objeto de nuestra misión a San Salvador, y que tampoco estaba enterado de la llegada del "Momo-tombo" a Acajutla, pues, me hubiera hablado sobre ello.

Este general Presa, es el mismo jefe militar salvadoreño que cuatro años más tarde de haberlo yo tratado personalmente, iba a tener tan mala suerte, en marzo de 1907, luchando contra tropas nicaragüenses, en los campos de Namasigüe.

Al regresar a bordo, informé al doctor Sánchez, de lo que me contara el general Presa, dándonos, asimismo, cuenta de cuál era la verdadera posición del Presidente Regalado, en la contienda militar hondureña, que se había desencadenado ese mismo día.

En la noche salimos de La Unión, y la mañana siguiente estábamos en el puerto de La Libertad. No obstante ser invitados para bajar a tierra, el doctor Sánchez, rehusó hacerlo excusándose por las molestias que eso ocasiona allí, agradeciendo, sí, la invitación de las autoridades del puerto; pero aprovechó la parada allí, para enviar a Managua un cablegrama cifrado, informando al Presidente Zelaya, de las noticias obtenidas en La Unión.

En la mañana del 28, fondeamos en Acajutla. Aquí nos recibió nuestro bueno y viejo amigo, el coronel don Roberto Paredes, que servía la Comandancia de Armas de Sonsonate.

Tomamos en Acajutla un tren especial, y media hora después, llegamos a Sonsonate, donde nos obsequió el coronel Paredes con un almuerzo en el Hotel "Blanco y Negro", y terminado éste, nos llevó a tomar el tren especial para San Salvador a donde llegamos a las 5 de la tarde. Funcionarios del Gobierno Salvadoreño, y amigos personales del doctor Sánchez, nos dieron la bienvenida en la estación.

Nos hospedamos en el "Hotel Nuevo Mundo". Por tercera vez, llegaba yo a San Salvador, y ésta, la más desgraciada visita que hiciera a dicha capital.

A los tres días de permanencia en San Salvador, presentamos nuestras credenciales, y fuimos recibidos en nuestro carácter, con el ceremonial acostumbrado. Después de la recepción, el ministro Sánchez, tuvo con el Presidente Regalado una conferencia privada. Al regresar al hotel me informó que las condiciones políticas en Centro América, se empeoraban con la revolución hondureña.

Efectivamente, el 1º de febrero en la mañana, nos informó el Secretario privado del general Regalado, don Manuel Meléndez, que el general Manuel Bonilla, juramentado como Presidente provisional de Honduras, por el Alcalde de Amapala, había tomado posesión de ese cargo; y que el general Sierra, salía de Tegucigalpa con fuerzas para debelar el movimiento de Amapala. Todas estas noticias, ahora confirmadas oficialmente, eran las mismas que obtuvimos por medio del general Presa.

Ese mismo día, a las 10 de la mañana, se instaló el Congreso Salvadoreño y nosotros, con el resto del Cuerpo Diplomático, asistimos a la ceremonia. Terminada ésta, el Presidente invitó a los Diputados y al Cuerpo Diplomático, a pasar a la Casa Presidencial, para tomar una copa de champaña. Pocos momentos después de estar en la Casa Presidencial entró al salón el poeta José Santos Chocano, causando gran sorpresa entre todos los que estábamos allí reunidos, su inesperada llegada a San Salvador. Lo único que sabíamos de este personaje, repentinamente caído en la capital salvadoreña, era que desempeñaba el Consulado General del Perú en Guatemala. Más tarde, se nos dijo que había hecho el viaje por tierra de Guatemala a San Salvador.

El Presidente Regalado, ordenó servir copas de champaña a los asistentes al salón, y al llegar Chocano, ordenó otra para el poeta, rogándole al mismo tiempo, que dijese algunas palabras alusivas al acto que se festejaba en ese momento. Chocano se puso de pie y principió a hablar. Pasados unos cinco minutos de haber comenzado, le dice a éste, el Presidente Regalado: “Espérese”; Chocano calló, y el Presidente abandonó el salón. Todo el mundo se quedó quieto, nadie hablaba. Estupefactos, nos mirábamos unos a otros, preguntándonos con la mirada, cuál sería la segunda escena de esta comedia, mientras el poeta Chocano permanecía de pie y con la copa de champán en la mano. Al cabo de otros cinco minutos, más o menos, regresó el general Regalado, y ya sentado, le dice al poeta: “Continúe”; y Chocano reanudó, humildemente, su oratoria, procurando darle fin, antes de que ocurriera otra intempestiva interrupción.

Terminado el discurso de Chocano, el Presidente invitó a la concurrencia para que pasara a conocer el Cuartel de Artillería, edificio de sólida construcción, frente a la Casa Presidencial.

Todos salimos a la calle, y al llegar a la esquina de la Casa Presidencial, opuesta al edificio del Cuartel, vimos un hermoso caballo peruano, sujeto de la brida por un oficial, y a su lado, una pequeña pieza de artillería. El Presidente nos explicó en seguida lo que aquello significaba. Nos iba a mostrar, dijo, la nobleza y maestría de su hermoso animal; y ordenando que se disparara la pieza de artillería, se colocó él, bajo las patas del caballo. Este, apenas se movió al oír la detonación. Acto continuo, le pidió a Chocano que se colocara bajo el caballo, a fin de repetir la escena. Chocano, algo remolón, se colocó, sin embargo, debajo de la barriga del noble animal, criado en su tierra, y una vez en esa ridícula posición, le dijo Regalado: “tóquele los huevos, y verá que no se mueve”, e incontinentemente, dió al oficial la orden de disparar la pieza. Como yo quedé situado detrás de ésta, el humo me impidió ver la posición en que se hallaba Chocano al hacerse el disparo, y si cumplió o no con la sugerencia de Regalado.

Terminada esta ocurrente pantomina, atravesamos la calle para entrar al edificio del Cuartel de Artillería, caminando delante el Presidente Regalado, Chocano, algunos oficiales y otras personas. El doctor Sánchez, que iba conversando con los diputados salvadoreños, Salvador Avilés y Angel Guirola, y algunos diplomáticos y yo, algo demorados, fuimos de los últimos en entrar al edificio e introducidos a la oficina del oficial de guardia.

Nos íbamos a sentar, cuando oímos ruidos de carcajadas y de carreras en las baldosas de los corredores del interior del cuartel. Algunos de los que allí estaban, y yo entre ellos, nos dirigimos a la puerta del saloncito que daba al interior del edificio, con objeto de conocer la causa del alboroto que oíamos; y logramos ver que unos diputados, acompañados del poeta Chocano, corrían presurosos, para entrar a las otras piezas del edificio, huyendo de algo que nosotros no podíamos ver desde el lugar donde estábamos. Lo que sí vimos, fué que los corredores y el gran patio del edificio, quedaron sin gente. Para formarse una idea cabal de lo ridículo de esos individuos que iban huyendo en busca de refugio, hay que saber, que todos, diplomáticos y diputados, andábamos vestidos de etiqueta, con levitones y chisteras, y que esa indumentaria no les impidió a los que se encontraban en el patio del edificio, correr buscando donde ampararse. Entre éstos estaba el poeta Chocano, sin sombrero, con un chaquet gris de largos faldones.

Los oficiales del cuartel que nos habían recibido a la entrada, y que aun estaban con nosotros a la hora del alboroto, nos explicaron, riéndose, lo ocurrido. Nos contaron que el Presidente Regalado tenía, dentro del cuartel, una leona enjaulada, y cuando ya los invitados se encontraban dentro del patio del edificio, dió órdenes de abrir la jaula de hierro, para que saliera la fiera. Dichosamente, según se nos informó, la leona se negó a salir, y nadie tampoco intentó provocarla a que lo hiciera, pues, si ella sale y ve correr a los individuos en el patio, quién sabe que hubiera sucedido. El pánico que se apoderó de aquella gente dentro del cuartel, fué indescriptible. Los que estábamos más cerca a la puerta de la calle, fuimos de los primeros en abandonar el edificio y, después, los otros invitados. Ni siquiera pudimos despedirnos del Presidente, que decían haber salido de último, riéndose del terror de sus huéspedes, al abrirse la jaula de la leona.

Cada cual de los invitados regresó a su casa, y nosotros a nuestro hotel, a comentar las bromas del Presidente Regalado.

Según se nos informó, en la tarde de ese día, el general abandonó su residencia para ir a celebrar en el Casino Salvadoreño y en otros lugares las divertidas escenas de ese día.

Muy privadamente, comentamos en la noche, el doctor Sánchez y yo, lo que estaba sucediendo. El se manifestaba seriamente preocupado y molesto, y consideraba nuestra situación bastante difícil.

A la mañana siguiente, fué al doctor Sánchez a casa del general Regalado. Según me dijo a su regreso al hotel, el Presidente se manifestó apenado por los sucesos del día anterior; pero al intentar el Doctor, abordar el objetivo de su

misión, notó, según me dijo, que el general Regalado se negaba a hablar de ese asunto, no obstante que el día anterior, antes de la inauguración del Congreso, le había manifestado que persistía en llevar a cabo el movimiento contra Estrada Cabrera, y hasta le expuso al Doctor que se designara como jefe de la revolución, al doctor Llerena médico y emigrado conservador de Guatemala, que residía entonces en San Salvador. El doctor le contestó, que según instrucciones que había recibido del general Zelaya, debían serlo; el general Salvador Toledo o don José León Castillo, jefes liberales que se habían comprometido a organizar la revolución, invadiendo Guatemala, donde aseguraban ellos, contaban con elementos afiliados que secundarían el movimiento.

Esto último no era sino una ilusión de Castillo, como se logró confirmar más tarde.

El doctor Sánchez prometió a Regalado, no obstante, consultar el punto con el Presidente Zelaya; y la misma noche, se le comunicó a éste la propuesta de aquél. También se le informó, sobre los asuntos de Honduras en cable posterior, Zelaya contestó manifestando que no aceptaba al doctor Llerena, e insistía en que el jefe del movimiento, debía ser un liberal guatemalteco.

El doctor Sánchez volvió, en la mañana del día siguiente a dar cuenta del último cable del general Zelaya, y regresó de la Casa Presidencial, muy desconsolado. No obstante su reserva y discreción noté en el Doctor, gran decaimiento de ánimo y que la misión que lo había llevado a San Salvador, entraba en un período de aguda crisis. No se podrían tratar asuntos de carácter delicado con el Presidente Regalado por el estado de inquietud en que se mantenía en esos días, y por otra parte, tenía el Doctor la impresión de que ya el General quería desentenderse del proyecto de invasión a Guatemala. Todo hacía pensar que ese proyecto había ya fracasado. Puede ser que haya influido para esto el rechazo por parte del general Zelaya de aceptar al doctor Llerena propuesto por el Presidente Salvadoreño; pero también existían de hecho otros factores, que lo estaban distanciando de su amistad con el Presidente Zelaya, como se verá en seguida.

Los amigos que rodeaban al general Regalado tenían, según nuestros informes, especial interés en que rompiera relaciones con el Gobierno de Nicaragua; y a ese fin, dieron en propalar en ciertos elementos adictos a ellos, que la misión del doctor Sánchez tenía por objeto influir en el ánimo del general Regalado para que se reeligiese, rumor que provocó, naturalmente entre los salvadoreños, un ambiente de animosidad en contra de la Legación de Nicaragua; ya que siendo ciertos esos rumores, ponía en peligro el proyecto del círculo gubernativo, de elegir a don Pedro José Escalón, amigo íntimo de Regalado y a quien éste estaba anuente de entregar la Presidencia, pero quedando Regalado como Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, lo que efectivamente ocurrió, años más tarde, al abandonar este general la Presidencia.

El general Fernando Figueroa, Ministro de la Guerra del Presidente Regalado, era, después de éste, el hombre fuerte de dicho Gobierno, y además, jefe del círculo oficial, que deseaba como sucesor a Escalón—don Pepe—como le llamaban los salvadoreños; y por otra parte, de acuerdo con los informes

privados que nos habían llegado, decididamente, hostil al general Zelaya. Más todavía; en San Salvador residía en esos días un considerable grupo de emigrados nicaragüenses, liberales y conservadores, enemigos declarados del Gobierno del general Zelaya, formando continuamente proyectos revolucionarios. Ese núcleo de emigrados políticos estaba bien relacionado con los hombres del Gobierno Salvadoreño; y el más destacado de ellos, el doctor José Madriz, pasaba como íntimo amigo del general Regalado, y hasta se decía que era uno de los consejeros de su Administración.

Nuestra situación, pues, en vista de ese estado de cosas, se mostraba sumamente embarazosa. Luego, se llegó a complicar más al estallar la revolución en Honduras, encabezada por el general Manuel Bonilla y auxiliada, abiertamente, por el Gobierno Salvadoreño, según se lo manifestó al doctor Sánchez, el propio Presidente Regalado, y, no sólo le informó, sino que también le dijo haber recibido avisos de la frontera, informándole que el Presidente Zelaya, auxiliaba, a su vez, al doctor Juan Angel Arias, electo por el Congreso Hondureño, Presidente provisional, como sucesor del general Sierra, quien ya había entregado a Arias, la Presidencia; y por último, que fuerzas nicaragüenses invadían a Honduras.

Cuando el general Regalado, le hizo conocer al doctor Sánchez estos últimos informes, éste se apresuró a declararle, que ellos no tenían ningún fundamento, puesto que el Presidente Zelaya había resuelto no intervenir en la lucha hondureña.

De todo esto, la Legación informaba por cable al Presidente Zelaya, manteniéndolo al tanto de lo que ocurría en San Salvador, así como la opinión del doctor Sánchez, de que el proyecto del movimiento en contra de Estrada Cabrera, debía tenerse ya como totalmente fracasado.

En vista de este último informe, el Presidente Zelaya ordenó a la Legación, el regreso inmediato a Nicaragua del general Rivas y del vapor "Momotombo", así como el armamento que había llevado.

Para imponer al general Rivas, de las instrucciones recibidas, se llamó a este jefe a la capital, quien llegó al día siguiente, y verbalmente, el doctor Sánchez se las transmitió, a fin de que se cumplieran inmediatamente, lo que el general Rivas ofreció, disponiendo regresar a Acajutla para cumplirlas.

El general Rivas, en esta ocasión, informó al doctor Sánchez que él, sospechando que se intentaba, de parte de alguna autoridad subalterna en el puerto, apoderarse del "Momotombo", había redoblado la vigilancia en el barco, ordenando nuevamente a la tripulación, no permitir a nadie entrar a bordo, por lo cual, creía el general Rivas, se habría frustrado el intento, si es que lo hubo como él pensaba.

El general Rivas, antes de regresar a Acajutla, fué a despedirse del Presidente Regalado e informarle de las órdenes que había recibido del Gobierno nicaragüense. Según nos informó el general Rivas, el propio Presidente Regalado le ofreció, espontáneamente, poner a sus órdenes un tren especial, para que lo llevase al puerto, junto con sus cuatro ayudantes que lo acompañaban.

Como el general Rivas nos había dicho que a las 7 de la mañana del día siguiente saldrían para el puerto, fuimos a la estación a esa hora, el doctor Sánchez y yo, a despedirle.

Al llegar nosotros a la estación, encontramos al general Rivas sumamente exaltado, paseándose en el andén de la estación. No había allí ni señales siquiera, de tren listo para salir a ninguna parte. Los empleados del ferrocarril informaron al general Rivas, a su llegada, que hasta ese momento no habían recibido ninguna orden de alistar tren especial.

El doctor Sánchez, en vista de eso, dispuso que nos regresáramos todos al hotel; y al llegar allí, me dió instrucciones de ir yo a la Casa Presidencial a solicitar una explicación de lo que había ocurrido con el tren ofrecido al general Rivas, ya que el tren ordinario había salido para Acajutla. Salí inmediatamente para la Casa Presidencial, y al llegar allí me entrevisté con el Secretario privado, Meléndez, informándole de la misión que me había encomendado el doctor Sánchez y rogándole tuviera la bondad de ponerla en conocimiento del señor Presidente Regalado. Meléndez me ofreció llevar el recado al general Regalado, pero me pidió esperar un momento en su oficina, porque el Presidente estaba ocupado. Al poco rato, pasó Meléndez a la oficina del general y minutos después regresó y me dijo, poco más o menos lo siguiente: que el general Regalado, sentía mucho lo que el doctor Sánchez le informaba por mi medio; que indudablemente había habido mala interpretación de parte del general Rivas, porque si era cierto que él le había ofrecido el tren especial, también esperaba que el general Rivas le avisara la hora a que deseaba salir, y que como esto no se lo había hecho conocer, no dió órdenes a la Superintendencia del ferrocarril para que pusiera el tren a sus órdenes; pero que en ese mismo momento, telefoneaba a la estación, ordenando que inmediatamente se preparara un tren para conducir al general Rivas a Acajutla; agregándome, el Secretario Meléndez, que el señor Presidente estaba muy apenado por las molestias causadas al general Rivas, a causa de un mal entendimiento. Dí las gracias al amigo Meléndez y regresé al hotel a dar cuenta al doctor Sánchez y al general Rivas, de lo que se me había dicho en la Casa Presidencial; y el general Rivas al oírme exclamó: "El general Regalado no dice la verdad". "Al despedirme de él, le indiqué la hora a que esperaba salir". El doctor Sánchez, al ver el tono airado con que el general Rivas se expresaba, le dijo que era mejor tener calma y ser prudente en estos casos.

El general Rivas, siempre exaltado—así era su carácter—convino en llegar a la estación cuando le avisara el jefe de ella, que estaba listo el tren, y se marchó a su hospedaje. A mi vez, participé por teléfono al Secretario Meléndez lo que decía el general Rivas. Fué tan rápido el aviso, que nuevamente recibió el general Rivas y su partida de San Salvador, que no pudimos ir a despedirlo. Al día siguiente, telegrafió al doctor Sánchez, informándole que en esos momentos salía el "Momotombo", para Corinto, terminando en esa intempestiva forma la participación que el general Rivas y el barco habían tomado en la intentona de derrocar al Presidente Estrada Cabrera.

Cada día que pasaba, se complicaban más las cosas para nuestra Legación. Continuaban circulando rumores de que el general Zelaya, ayudaba a Arias en Honduras, y algunas personas llegaron a decirnos que la hostilidad del círculo gobiernista, hacia el Presidente Zelaya, podía resolverse de un momento a otro, en un atentado personal contra alguno de los miembros de la Legación. Fueran ciertas o no las noticias que recibíamos, el hecho es que el doctor Sánchez, resolvió un día de tantos no salir del hotel y, otra vez, se sintió enfermo, quedándose todo el día en cama, no sin aconsejarme que si salía yo, tomara precauciones, y que era conveniente no saliera ya en la noche.

Francamente, yo no daba mucho crédito a los rumores que nos llegaban, y los atribuía a propaganda, para meternos miedo; pero tomaba ciertas precauciones para no exponerme a que se me faltara al respeto. Debo confesar, que yo me consideraba sin temores, porque tanto los miembros del Gobierno, en especial el Secretario privado, Manuel Meléndez, a quien juzgaba caballeroso y buen amigo, y con quien me veía constantemente, y los emigrados nicaragüenses, por su parte, eran todos honorables y caballerosos, incapaces de promover a ninguno de los miembros de la Legación la menor provocación. Asimismo lo creía, con respecto a algunos emigrados hondureños, amigos del general Bonilla, que aun permanecían en la capital, y entre ellos a Timoteo Miralda, joven muy decente y agradable, con quien solía salir a pasear, frecuentemente, por los alrededores de la ciudad, seguro de que andaba en buena compañía.

Con Carlos Selva, periodista nicaragüense y emigrado, que en esos días vivía en San Salvador, me veía casi a diario, y conversábamos sobre cosas de nuestra tierra, pues, él era también granadino; así como con Román Mayorga Rivas, nicaragüense, propietario y director del "Diario de El Salvador", el mejor periódico que en esa época se editaba en Centro América.

Mayorga Rivas, casado con una hermosa y elegante mujer granadina, era enemigo político del general Zelaya, y a su vez, conservaba muy estrechas relaciones con los miembros del Gobierno Salvadoreño; pero nunca pasó por mi imaginación que ese compatriota autorizara o permitiera que al doctor Sánchez o a mí, se se nos faltara al respeto. Lo mismo podría decir de los otros políticos emigrados nicaragüenses que en esa fecha residían en San Salvador. A mi juicio, todos ellos eran incapaces de insinuar siquiera que se nos hiciera daño, como oficiosamente, nos llegaban a decir algunos.

En fin, aunque la atmósfera se encontraba caldeada y el círculo oficial nos fuera adverso y procuraba hacernos difícil el desempeño de nuestra misión, mientras permanecimos en San Salvador, no podemos quejarnos, fuera de las molestias que nos ocasionaban, con interrupciones en nuestra correspondencia telegráfica con Managua, de alguna falta de respeto a nuestras personas.

Para subsanar las interrupciones y demoras en los despachos cablegráficos, resolvió el doctor Sánchez enviarlos a la oficina del cable en la Libertad, por medio de expresos, y, asimismo, ordenó que le llegaran las contestaciones

de Managua. Se valió para ésto de un primo de su esposa, Alejandro Salinas, que residía en San Salvador, desde hacía años; hombre caballeroso, vivo y diligente, y además bien relacionado, social y comercialmente en la capital salvadoreña. Gracias a este medio de comunicarnos se pudo obtener rápido y seguro servicio con Managua, puesto que el telegráfico—que pasaba por territorio hondureño—era completamente ineficaz e inseguro.

Como el doctor Sánchez, por medio del servicio secreto que tenía, supo que el general Anastasio J. Ortiz, jefe militar nicaragüense, de excelente hoja de servicios como táctico y organizador, cualidades de que dió pruebas en sus campañas militares en Nicaragua, iba a ser enviado por el general Regalado, a mandar una columna de tropas revolucionarias a Honduras, lo informó así por cable el Presidente Zelaya, y éste, inmediatamente, ordenó a la Legación que se protestara ante el Gobierno Salvadoreño contra tal designación, ya que el general Ortiz era uno de los jefes más importantes de la emigración nicaragüense. El Presidente Zelaya avisó también a la Legación que personalmente se había dirigido por cable, al general Regalado pidiendo la reconcentración del general Ortiz, a San Salvador.

La noche que debía salir el general Ortiz para Honduras se encontró conmigo en una casa particular, donde los dos habíamos llegado de visita. Conversamos allí muy agradablemente, sin darnos por entendidos, él de su próxima partida a campo revolucionario, ni yo de la protesta, que por ella haría la Legación, al día siguiente. Pocos días después del encuentro mío con el distinguido militar nicaragüense, supimos que había sido reconcentrado.

Otro día, el Presidente Regalado, llamó al doctor Sánchez a la Casa Presidencial para informarle de algunos asuntos políticos. Llegó el Doctor, y el Presidente le contó que según informes recibidos de sus agentes en Honduras, el general Nicasio Vásquez, militar de alta en el ejército nicaragüense, al mando de 500 soldados, invadía el territorio hondureño dirigiéndose a Choluteca, plaza todavía en poder del Gobierno establecido en Tegucigalpa, por el doctor Arias, con objeto de auxiliar a éste. Naturalmente, el doctor Sánchez negó que el hecho fuera cierto; pero, no obstante, ofreció al general Regalado, pedir a Nicaragua informes sobre el particular.

Como ya antes de oírlo de parte de Regalado, el doctor Sánchez, conocía el rumor de fuente hondureña directamente, pidió al Presidente Zelaya por cable, que, si era cierto, se lo confirmara oficialmente y lo autorizara para ponerlo en conocimiento del general Regalado. Inmediatamente contestó el general Zelaya, negando rotundamente el rumor, agregando que el general Vásquez con sus tropas permanecía en Somotillo, en territorio nicaragüense, y que tenía órdenes de no moverse de dicho lugar.

Con ese despacho en el bolsillo, el doctor Sánchez volvió a la Casa Presidencial para mostrárselo al general Regalado, quien lo leyó, agradeciendo el informe que se le daba; pero, entendimos en la Legación, que no obstante la negativa oficial dada por el Presidente Zelaya, de no ser cierta la invasión de tropas regulares nicaragüenses a Honduras, el Gobierno Salvadoreño, con-

tinuaba dudando de la neutralidad del de Nicaragua, en la lucha civil hondureña, ya que más tarde ocurrieron otros hechos que confirmaban las dudas de aquél.

En esa última visita al general Regalado, éste le mostró un cable recibido, días antes, del general Zelaya, solicitando la reconcentración del general Ortiz, informándole, al mismo tiempo, que ya había sido ordenada, lo cual sabía el doctor Sánchez ser cierto, puesto que el general Ortiz, "Tachito", como le llamaba familiarmente el doctor Sánchez, se encontraba de nuevo en la capital salvadoreña.

Mientras sucedían estas cosas, el general Regalado continuaba bebiendo; y en ese estado provocó dos interesantes episodios, presenciado el primero por Carlos Selva, quien me lo refirió; y el segundo, por mí mismo, tales como paso a relatarlos.

Una de esas mañanas, el general Regalado, montado como era su costumbre, en el hermoso caballo peruano de que ya se habló, y acompañado de un edecán, salió a pasear por las calles de la capital, atravesando una de las contiguas al Mercado público. Las vivanderas, al verle pasar cerca de ellas, lo aclamaron con entusiasmo, pues, era muy popular entre ese gremio. La calle por donde él transitaba, estaba llena de gente y en el piso se exhibían, a granel, las canastas con verduras, frutas, granos y huevos, que allí acostumbraban mostrarse para su expendio. El General se aproximó al grupo que lo aclamaba, montado siempre en su hermoso bruto, y sin tomar en cuenta lo que había en el suelo de la calle, cruzó en medio de ella, y la bestia, caracoleando, pisaba con sus pezuñas, los canastos de verdura y huevos allí esparcidos, quedando el piso cubierto con los destrozos de los víveres. Las vivanderas, no se preocuparon por esto, y continuaron aclamando a su Presidente. Ellas sabían que después se les indemnizarían las pérdidas, lo que las estimulaba para aumentar las aclamaciones, dando rienda suelta y espontánea, al entusiasmo que despertaba en ellas, ver al Presidente entre su grupo, agradeciendo éste, satisfecho y sonriente, la demostración de popularidad y cariño, que en esa ocasión le hacían las vendedoras del Mercado.

Este incidente no era sino una muestra palmaria de la popularidad de que gozaba en todo el país, el general Regalado. Muy querido de su pueblo, por su valor personal y porque, indudablemente, era gobernante demócrata y le gustaba confundirse con los más humildes, no importándole a sus conciudadanos que tuviera otros defectos.

Según supimos más tarde, el mismo día, llegó al campo de agramante del Mercado, un empleado de la Casa Presidencial, investigó los daños causados por el caballo peruano, y pagó a todos los perjudicados, como era la costumbre observada en tales casos.

Hay que agregar, por otra parte, que la camarilla que rodeaba a dicho Presidente, carecía de las simpatías de ese mismo pueblo.

El otro episodio en que también figuró el general Regalado como primer actor, ocurrió en otro escenario, con público más elevado socialmente que el del Mercado, desarrollándose en esta ocurrente forma.

Una tarde llegó el general Regalado, acompañado de dos amigos al Casino Salvadoreño. Subió al primer piso del edificio y ordenó que le sirvieran unas copas. Mientras se ejecutaba esta orden vió en el primer 'piso, a un grupo de socios que jugaban a las cartas y ordenó a su ayudante que en su nombre los invitara a subir, y tomar con él una copa. Los invitados, aceptaron la invitación. Entre éstos estaba un viejo y rico comerciante español, de apellido Segreda, asiduo asistente al Casino a jugar naípe, pero reacio a la bebida, que también subió, acatando la orden del General. Como en esos momentos entraban al Casino otros socios, también fueron éstos invitados a la mesa del General, y poco a poco se formó a su alrededor un grupo numeroso de los asistentes al Casino en esa hora de la tarde.

Acompañado de Román Mayorga Rivas, llegué yo al Casino esa misma tarde, sin sospechar que ahí se encontraba el Presidente Regalado. Al sentarnos a una mesa de la planta baja, recibimos recado del General, invitándonos a acompañarlo a su mesa, lo que hicimos. Al saludarle yo, me contestó muy cariñosamente; siempre lo hacía así, y dirigiéndose a los que le rodeaban les dijo: "Ahora van Uds. a oír la relación de mi último viaje a Guatemala, contado por un *pinolero* que me acompañó, ya que el señor Bolaños es también *pinolero*". *Pinoleros* llaman en Centro América a los nicaragüenses).

Acto continuo ordenó a su ayudante telefoneando en su nombre al doctor Máximo Asenjo, invitándole a que pasara al Casino; y mientras llegaba el doctor Asenjo, ordenó nuevo servicio de copas.

Antes de continuar este relato, debe advertirse, que las órdenes que el general Regalado daba, como la expedida al doctor Asenjo, eran ejecutadas sin protesta; y que en los momentos de mi llegada a su grupo, no noté en el General síntomas de que hubiera tomado demasiado. Fuera de su acostumbrada nerviosidad para hablar, su semblante aparecía tranquilo, y se expresaba con perfecta claridad.

Al poco rato entró el doctor Asenjo. Era éste un viejo amigo mío. Juntos estudiamos, primero, en el Colegio de Santiago, en Jinotepe, ciudad donde él había nacido; y más tarde, en el Instituto Nacional de Oriente, en Granada. Su padre, hombre rico, lo envió en seguida a Alemania, en donde se hizo médico, y casó allá con una dama suiza. A su regreso a Nicaragua, se le nombró Jefe Político y Comandante de Armas del departamento de León; pero disgustado, no sé por qué motivo con el Presidente Zelaya, renunció el cargo y se trasladó a El Salvador. Aquí, ejerciendo su profesión, entró en relaciones con el general Regalado, a quien acompañaba en sus franquicias. Llegado Asenjo a la tertulia del Casino, Regalado le pidió que refiriera los pormenores del célebre viaje, que de manera repentina por tierra y a marcha forzada, habían hecho los dos a Guatemala, hacía poco. Regalado, fué a ese país a darle personalmente a Estrada Cabrera satisfacciones y disculpas, por las frases pronunciadas por él en la Conferencia de Presidentes, en Corinto en enero de 1902, y el Presidente de Guatemala lo recibió con toda clase de consideraciones en esa inesperada visita.

Decía el general Regalado a Asenjo en esta ocasión, que había gentes que no creían en ese viaje, y que como él fué su único acompañante lo había llamado allí a fin de que lo confirmara en mi presencia, relatando sus pormenores. El doctor Asenjo, accediendo a las instancias del general Regalado, principió, acto continuo, su relación, mientras se servían más copas a los obligados oyentes de aquella tarde en el Casino, procurando el general Regalado, impedir por medio de algunos oficiales que llegaron también, que nadie abandonara el salón.

Entre los invitados, noté que el señor Sagreda, quien ya había ingerido algunas copas, se sentía visiblemente incómodo. Aquella situación era para ese viejo comerciante español, un verdadero suplicio, pero como antes decía, las órdenes del general Regalado se cumplían sin protesta alguna, y Sagreda, como los otros, no tenían más remedio que aguantar, esperando que alguien viniese a sacarlo de ese forzado compromiso. Quizá sentía ya a esas horas, el pobre señor Sagreda, los primeros efectos que le produjeron el alcohol que, contra voluntad, en esa hora desgraciada estaba ingiriendo.

Como el relato del doctor Asenjo se hacía interminable, y yo conocía, desde Nicaragua, los detalles de ese intempestivo viaje del general Regalado, a Guatemala, y porque, además menudeaban las copas, resolví escaparme, y con el pretexto de satisfacer una perentoria necesidad, me excusé y bajé al primer piso y de allí, sin ser visto, me deslicé a la puerta de la calle y salí del Casino. En la misma noche, me contó Román Mayorga Rivas que él también había logrado escabullirse con el mismo pretexto mío, minutos después de haber escapado yo. Cuando regresé al hotel Nuevo Mundo, le refería al doctor Sánchez las divertidas escenas de esa tarde en el Casino Salvadoreño, provocándole mi relato, mayores inquietudes, ya que esa era otra manifestación del estado del general Regalado.

Para colmo de molestias, soportamos otra nueva, dos o tres días después. El periodista chileno, Abraham Zamora, dirigía en San Salvador, un diario, "El Siglo XX", periódico mal escrito. Zamora había vivido en Nicaragua, primero en Granada, donde casó con una señora Cuadra, nicaragüense; y después se trasladó a León. En estas dos últimas ciudades, tuvo periódicos con el mismo nombre; y el año de 1896, que lo publicaba en León, tomó parte en la revolución de ese año, y al fracasar ésta, se marchó a El Salvador, donde figuraba como emigrado político nicaragüense y enemigo declarado del Gobierno del Presidente Zelaya. Un día de esos, "El Siglo XX", publicó un editorial injurioso contra el Presidente de Nicaragua y su Gobierno. Hay que saber, de paso, que en El Salvador, en esa época, la prensa estaba bajo censura.

El mismo día que apareció ese artículo injurioso, nos encontrábamos, el doctor y yo, en el comedor del hotel a eso de las doce del día. Al poco rato entró al mismo comedor, el Ministro de la Guerra, general Fernando Figueroa, acompañado del periodista Zamora, y tomaron una mesa frente a la nuestra, notando, al mismo tiempo, que Zamora era invitado de Figueroa. El doctor Sánchez, al ver aquella falta de consideración a él, no tanto personal como oficial, me dijo

que debíamos abandonar inmediatamente el comedor, lo que hicimos, ordenando yo al sirviente que nos sirviera el almuerzo en la sala de recibo, que teníamos adjunta a nuestras habitaciones en el hotel. Nuestra inmediata salida del comedor, fué notada por el resto de comensales que en ese momento se encontraban allí.

Esta falta de consideración a la Legación de Nicaragua, por alto miembro del Gobierno Salvadoreño, nos causó profunda pena, ya que se nos demostraba, con hechos francos, que nuestra presencia en San Salvador, no era grata; y resolvimos, allí mismo, tomar una resolución definitiva, que no podía ser otra que el regreso inmediato a Nicaragua.

Pero antes, quiero referir otra molestia, en la cual yo sólo fuí la víctima. Una mañana en esos mismos días, me levanté dirigiéndome al baño, como lo hacía siempre. El cuarto de baño estaba a pocos pasos del dormitorio y debía pasar por un corredor para llegar a él. Tomé el baño, sin demorarme mucho, y regresé a mi cuarto. Cuál no sería mi sorpresa, al regresar y notar, inmediatamente, que los objetos que había dejado, minutos antes, sobre la mesa de noche, no estaban allí. Busqué en otros lugares, temiendo haberme equivocado, y tuve el mismo resultado. No encontré ninguno de los objetos. Al irme al baño dejé sobre la mesa de noche una cartera con dinero, mi reloj de oro con su cadena y ligada a ésta una moneda de oro. Dejé también un anillo con solitario de brillantes. prendas todas ellas que yo apreciaba, tanto por su valor, como porque hacía tiempo las conservaba: ¡Me habían "limpiado", como dicen los jugadores! Di parte de la pérdida al dueño del hotel, el "renco" López—se le llamaba así por ser cojo de una pierna—y avisé por teléfono a la Dirección General de Policía, que estaba a cargo de un alemán. La Dirección de Policía, tomó poco interés en hacer pesquisas o en seguir alguna investigación. Este último funcionario me mandó pedir, con un agente de policía los detalles de las prendas robadas, y en donde las tenía cuando se perdieron. Eso fué todo. No volví a oír, de su parte, nada más del asunto. El dueño del hotel investigó, por su parte, entre el personal de sus empleados, pero se cercioró de que ninguno de ellos había entrado en esos momentos a mi cuarto. Opinaba él que el ratero era de afuera; pero no se explicaba cómo había podido penetrar al hotel y ejecutar el robo tan rápidamente.

Después noté que mis maletas habían sido abiertas y registradas; pero no faltaba allí nada. La pérdida consistía solo en las alhajas y el dinero, y el robo de que fuí víctima, quedó envuelto en el misterio.

Al día siguiente del almuerzo con que el Ministro de la Guerra, general Figueroa, obsequiara en el Hotel Nuevo Mundo al periodista chileno Zamora, el doctor Sánchez informó por cablegrama al Presidente Zelaya, nuestra difícil situación, pidiéndole órdenes para nuestro pronto regreso a Nicaragua. El general Zelaya, aceptó inmediatamente, ordenando el regreso de la Legación, pero dió instrucciones a ésta de que antes pidiera al Presidente Regalado la devolución del armamento que había llevado el "Momotombo", armamento desembarcado por éste en Acajutla, y ya en poder del Gobierno Salvadoreño.

Para informarle de nuestro regreso y cumplir las instrucciones que acababa de recibir de su Gobierno, el doctor Sánchez, fué a la Casa Presidencial y, personalmente, habló con el general Regalado, sobre todo ésto, quien prometió poner al armamento abordo del barco en que se regresara la Legación.

Una vez enterados de la fecha de salida del próximo vapor para Corinto, reservamos nuestros pasajes en él; y resolvimos participar al general Regalado nuestro deseo de salir en esa fecha, recordándole su promesa de despachar el armamento en el mismo barco. Para desempeñar esta misión, fuí yo encargado por el doctor Sánchez. Llegué a la Casa Presidencial y solicité audiencia. Inmediatamente fuí introducido al despacho del Presidente, a quien verbalmente le expresé los deseos del doctor Sánchez de irnos en el próximo vapor para Nicaragua, llevando en el mismo el armamento nicaragüense. El general Regalado me contestó, secamente, que quedaba enterado. Era la primera vez que me trataba así.

Nos preparamos para el regreso, y el día antes de la llegada del vapor a Acajutla, salimos para Sonsonate en tren especial que el Gobierno puso a nuestras órdenes. Al salir, se nos despidió friamente, por parte del elemento oficial, mientras algunos amigos estuvieron en la estación a despedirnos.

En la noche de ese mismo día, ya en Sonsonate, fuímos obsequiados con una comida por el Comandante de Armas, coronel Roberto Paredes. Este caballero, fino, y viejo amigo nuestro, nos atendió cortés y cariñosamente, como lo había hecho a nuestra llegada.

Tuvo además la discreción, mientras estuvimos con él en esa comida, de no hacer alusión ninguna a nuestras dificultades en la capital, que indudablemente no ignoraba, ni de preguntarnos por el resultado de la misión que nos había llevado a El Salvador, misión que él conocía bien a fondo por haber intervenido en los preliminares del proyectado movimiento en contra del Presidente Estrada Cabrera.

A las 6 de la mañana siguiente de nuestro arribo a Sonsonate, salimos para Acajutla, acompañados del coronel Paredes, quien nos llevó al vapor anclado en el puerto. Abordo, preguntamos al contador del barco, si había recibido algún armamento con destino a Corinto, y el empleado contestó que no. Esperamos hasta las 12 del día, hora de la llegada del tren de carga de la capital. Llegó éste; pero no el armamento.

El mismo contador del barco, nos informó que éste saldría esa noche para el puerto de La Libertad a cargar café, regresando después a Acajutla. Como era muy incómodo desembarcar y volver a embarcar, y además hacía un calor infernal en tierra, resolvimos permanecer a bordo. Al llegar a La Libertad, el doctor Sánchez informó por cable a Managua lo que ocurría y al mismo tiempo telegrafió al Presidente Regalado, rogándole diera sus órdenes para que al regreso del vapor a Acajutla, el armamento estuviera allí. El Presidente Zelaya contestó horas después, ordenando a la Legación no regresar sin el armamento; que hiciera arreglos con el vapor para que éste esperase en Acajutla hasta que llegara dicha carga, obligándose el Gobierno de Nicaragua a pagar los gastos de esa

demora. Avisaba, asimismo, que nuevamente se dirigía al Presidente Regalado, pidiéndole la devolución del armamento, e informándole de las órdenes que había impartido a la Legación. Este cable del Presidente Zelaya vino en pleno castellano.

Regresó el vapor a Acajutla, pero aun no había llegado nada. Con este motivo, el doctor Sánchez dispuso que yo fuese a tierra a telegrafiar al Presidente Regalado, informándole que el vapor esperaba el armamento para zarpar. Fui al puerto, a las 10 de la mañana, en un bote de la capitanía, y me dirigí a la oficina telegráfica a enviar el despacho del doctor Sánchez, pero al entregarlo, el empleado de la oficina, me informó que se acababa de recibir un despacho de la Casa Presidencial de San Salvador, dirigido al doctor Sánchez, despacho que me entregó. En vista de eso, resolví no enviar el telegrama que llevaba y regresé a bordo. El telegrama del general Regalado al doctor Sánchez, decía que el armamento llegaría, sin falta, esa tarde. Había, pues, que esperar. Pero no fué sino hasta las 12 de la noche que llegó al puerto un tren conduciendo el armamento, el cual fué embarcado inmediatamente, y en las primeras horas de la mañana zarpó el vapor para el Sur.

En nuestro viaje de regreso volvimos a tocar en Amapala. Todo había cambiado allí. Eran ya las autoridades del Gobierno revolucionario del general Bonilla, las que actuaban en el puerto. Allí supimos que este jefe, con una fuerte columna de tropas, iba en camino hacia Tegucigalpa y que tenía todas las probabilidades de triunfar ya que varios e importantes departamentos se habían pronunciado en su favor. Nosotros no bajamos a tierra, y en la misma tarde, salimos para Corinto. Después de cuatro días de navegación, llegamos a Corinto e inmediatamente tomamos allí un tren especial. El doctor Sánchez se quedó en León para saludar a su familia, prometiendo llegar a la capital al día siguiente; y yo seguí hasta Managua.

En la misma noche de mi llegada a la capital, fui a saludar al Presidente y a darle cuenta, anticipada, de lo ocurrido en nuestro viaje a El Salvador.

En el curso de esta conversación, refería el Presidente, que mientras nosotros nos encontrábamos en San Salvador, recibió del Presidente de Guatemala un cablegrama redactado en términos violentos, haciéndole cargos por el movimiento revolucionario que se organizaba en El Salvador, con el apoyo de Nicaragua, en contra de su Gobierno; y el Presidente Zelaya, agregaba que en los mismos términos, había contestado a Estrada Cabrera, sin negar el hecho y dándole al mismo tiempo sus razones para proceder así.

Los despachos cablegráficos cruzados entre los dos jefes de estado, fueron transmitidos en pleno castellano, no obstante que ambos tenían claves privadas para comunicarse entre ellos.

En esos mismos días, y ya el doctor Sánchez de nuevo en el Ministerio de Relaciones, se efectuaban reuniones, durante la noche, en el Campo de Marte o sea la Casa Presidencial, comentando, en privado, los acontecimientos que actualmente ocurrían en Centro América, y en el curso de las conversaciones, se habló de nuestra misión a San Salvador y de informes confidenciales reci-

bidos de aquella capital, después de nuestra llegada. Decían esos informes que en San Salvador, se atribuía al poeta Chocano, el aviso que el Presidente Estrada Cabrera recibiera acerca del movimiento revolucionario que se proyectaba en su contra. Este rumor, transmitido de San Salvador, era el que se aceptaba en el Campo de Marte como el de más plausibles conjeturas, ya que no se sospechó nunca que alguno de los miembros del Gobierno Salvadoreño, pudiera haber facilitado datos, ni mucho menos el Presidente Regalado, iniciador de ese movimiento, y que continuó siendo enemigo de Estrada Cabrera, hasta su muerte en El Jícaro, en julio de 1906, peleando contra fuerzas guatemaltecas. Como la combinación para derrocar a Estrada Cabrera, se llevó a cabo, bajo la más absoluta reserva, sin nada escrito, y las conversaciones, transmitidas por medio de agentes confidenciales; si alguien en San Salvador, pudo pescar algo, no fué sino cuando ya el plan había fracasado. Se explica ésto por el contexto del cablegrama de Estrada Cabrera a Zelaya, en el que le habla del "futuro"; además, en Nicaragua se supo que el Gobierno de Guatemala había movilizado fuerzas hacia la frontera salvadoreña el 6 ó 7 de febrero, fecha en la que el Presidente Regalado, había desistido ya de la invasión revolucionaria a Guatemala.

Otro rumor que llegó en aquellos días al Campo de Marte, procedente también de San Salvador, se refería a las supuestas causas de la demora del Presidente Regalado en devolver a Nicaragua, el armamento llevado a El Salvador en el "Momotombo". Estos informes decían que los emigrados nicaragüenses en San Salvador, aseguraban que dicho armamento le iba a ser entregado al doctor José Madriz, para revolucionar Nicaragua; y otro refería, que era a los revolucionarios hondureños a quienes se les había ofrecido entregar dicho armamento. Todos eran rumores llegados a Nicaragua, cuando el armamento a que ellos se referían estaba ya en los almacenes de guerra de Managua. Que hubo tentativa en esos dos sentidos, no se podría negar, que si no tuvieron buen éxito debióse ello a las enérgicas y perentorias demandas del Presidente Zelaya para que se devolviera a Nicaragua el armamento.

Si me he referido a estos rumores, es para que se aprecie la atmósfera de tensión en que se encontraba la política centroamericana en los primeros meses de 1903.

Pocos días después de nuestro regreso de El Salvador, llegó a Managua el doctor don José Antonio Rodríguez, el "*Buen Tono*", como le llamaban en San Salvador. Venía este apreciable caballero, investido con el carácter de Agente Confidencial del Presidente salvadoreño, cerca del Presidente Zelaya. La misión que traía el doctor Rodríguez, era la de cerciorarse de que el Gobierno de Nicaragua no apoyaba al Gobierno provisional del doctor Juan Angel Arias, instalado en Tegucigalpa, y a quien el general Sierra había entregado la Presidencia, quedando éste último, como Comandante en Jefe de las fuerzas de dicho Gobierno para sofocar la revolución.

Al doctor Rodríguez, se le guardaron las consideraciones a que era acreedor por el cargo que desempeñaba, y se le agasajó muy cordialmente, tanto de parte del general Zelaya, como del doctor Sánchez. Hizo un viaje a Chinandega,

ciudad cabecera del departamento del mismo nombre, fronterizo a Honduras. para convencerse allí mismo de que las fuerzas nicaragüenses estacionadas en dicha frontera, no habían penetrado a Honduras. Se le prestó al doctor Rodríguez toda facilidad para que desempeñara su misión, y regresó a la capital convencido de que el Gobierno nicaragüense permanecía neutral en la lucha interna de Honduras. Esto mismo era lo que el doctor Sánchez había declarado, verbalmente, al Presidente Regalado en San Salvador, y lo que el Presidente Zelaya confirmó también al doctor Rodríguez en Managua.

Cumplida su misión, el Agente Confidencial salvadoreño, regresó a su país, entiendo que satisfecho del éxito de su misión a Nicaragua, así como de las atenciones que se le prodigaron.

Debe declararse, antes de continuar este relato, que hubo empeño de parte de amigos del doctor Arias en Nicaragua, para que el Gobierno de este país, lo apoyara con fuerzas; pero el Presidente Zelaya, se negó siempre a dar oídos a esos trabajos y mantúvose firme al no intervenir, esta vez, en la lucha hondureña.

Como se ha podido apreciar por los acontecimientos referidos y en los que ha sido actor de primera fuerza el Presidente de El Salvador, general Tomás Regalado, considero oportuno hacer algunas consideraciones, sobre esa extraña y rara personalidad. Este militar y político salvadoreño, es un producto neto del ambiente de su patria. Desde la época del general Gerardo Barrios, fusilado por el Gobierno Salvadoreño que presidía Dueñas en 1865, la República de El Salvador hasta llegar a la muerte del general Tomás Regalado en 1906, pasó por un período de cuartelazos e invasiones, iniciadas, algunas de estas últimas, por la frontera de Guatemala, para llevar al poder a algún militar.

Con pocas interrupciones, los jefes de estado salvadoreños se hicieron cargo del poder, mediante actos revolucionarios y los nombres de Gerardo Barrios, Francisco Menéndez, los hermanos Ezeta (Carlos y Antonio), Rafael Gutiérrez y Tomás Regalado, aparecen en las páginas de su historia como jefes militares convertidos en Jefes de Estado; y al lado de éstos, una lista de otros jefes militares, que como satélites, desempeñaron altos cargos en esas administraciones y en sus respectivos puestos de comandantes de armas, de los departamentos, y cada uno de ellos dejó también, en las páginas de la misma historia, hechos calificados de despotismo y de arbitrariedad, ya que desempeñaban sus funciones, con irrestricta autoridad. Me refiero a los generales León Bolaños, Camilo Álvarez, Luciano Hernández, "el Gato Hernández", como se le llamaba a éste, Horacio Villavicencio, llamado también, "el Cojo Villavicencio", Lisandro Letona y otros, para no citar, sino los más destacados de ese grupo que formaron parte integrante de aquellos Gobiernos. Pero la figura del general Tomás Regalado, aunque como decía antes, ser producto de ese ambiente, cobra mayor relieve, que los otros, como militar audaz, como gobernante moderado y como activo factor en la política centroamericana desde 1894, hasta 1906.

Si es cierto, que el general Regalado alcanzó la Presidencia, mediante un cuartelazo, para derrocar al general Gutiérrez, su compañero de armas, para

derrocar antes a los hermanos Ezeta, en 1894; que con su cuartelazo rompió la República mayor de Centro América, organizada en 1897, por los Gobiernos de Nicaragua, Honduras y El Salvador; que al iniciar su Gobierno, fusiló a su Subsecretario de Guerra, general Ignacio Castro, sin acatar las gestiones que en favor de la vida de ese militar, hicieron sus amigos políticos; y que por fin, poco antes de entrar en la aventura de declarar la guerra a Guatemala, aventura que le costó la vida, cañoneó la Casa Presidencial, a la plena luz del día y en la parte más céntrica de la ciudad, como un acto suyo de reprobación, contra unos especuladores que habían tomado parte en una compra escandalosa, de armamento de guerra, dando con este paso una prueba de su probidad en esos manejos; su actuación como gobernante salvadoreño, insistimos, fué en general beneficiosa para su país. Mantuvo, dentro del mismo, tranquilidad; impulsó su progreso y se conquistó, entre sus conciudadanos, sincera y entusiasta popularidad, que nunca alcanzaron sus predecesores; y puede ser que ésto se debiera, en primer término, a su franca actitud hacia Guatemala, no permitiendo que el Gobierno de dicho país, ni ninguno otro de Centro América, interviniera en los asuntos internos de la política salvadoreña. Por último, casó, él de cuna humilde y de escasa fortuna, con una señora de distinguida familia salvadoreña, culta y guapa, entrando por ese enlace matrimonial, a formar parte del círculo, muy restringido, de las primeras familias salvadoreñas.

Dentro del medio político de su país—tal como se desenvolvía en aquella época—su administración, no dejó nada que desear; y al cumplir los cuatro años de su presidencia, en acato a la constitución, entregó pacíficamente el poder a su sucesor, escogido de común acuerdo, como candidato, por los hombres más importantes del país. Fué, pues, una transición de Presidentes, de manera ordenada, y que no se llevaba a cabo en el país desde hacía más de veinte años.

Ya se ha visto la actitud del Presidente Salvadoreño en la lucha hondureña en 1903, apoyó allí la elección popular del general Manuel Bonilla, cuando a este candidato electo, se le intentó anular su elección; y por último, su auxilio a los revolucionarios liberales colombianos y su franca actitud frente al Gobierno de Estrada Cabrera.

Un año después de su llegada al poder, el general Regalado, entró con ligeras variantes, en buenas relaciones con el Presidente de Nicaragua; y si al final de su período presidencial, hubo frialdad en dichas relaciones, nunca llegaron al grado de hostilidad, no obstante los esfuerzos hechos por el círculo que lo rodeaba. Más bien, los trabajos de ese círculo deben atribuirse a su Ministro de la Guerra, general Figueroa, que aspiraba a la Presidencia de la República, y veía en el general Zelaya, un enemigo en potencia. Se debía ésto a que el general Figueroa, fué amigo por muchos años, del general Domingo Vásquez, Presidente de Honduras, que fué derrocado por sus compatriotas, apoyados decididamente por las fuerzas nicaragüenses; y no es remoto deducir que Figueroa—dadas las circunstancias reinantes en dicha época—, de intervenciones en los países centroamericanos, temiera la oposición del Presidente Zelaya—por sus antiguas ligas con el general Vásquez—y corriera la misma suerte que éste.

He procurado, en breves rasgos, describir la fisonomía de ese Presidente Salvadoreño, que no obstante ser de carácter impulsivo y un dipsómano, supo, en el ejercicio del poder, dar relieve a su actuación de Jefe de Estado, hasta llegar a morir en lucha constante contra su destino, peleando al frente de sus tropas en contra del Gobierno de Guatemala, en julio de 1906. Se destacó como valeroso y audaz militar y como gobernante, no adocenado en el medio convulso e inestable en que vivía Centro América, en aquel período histórico. Fué un hombre singular y extraño, en sus acciones; pero nunca desmintió sus verdaderas cualidades de virilidad, sin ser sanguinario.

Es por estas mismas razones y los hechos anteriormente relatados, que resulta inexplicable la posición del general Regalado, frente al Presidente Zelaya, a principios de 1903. No se explica uno, esas diferentes e inestables actitudes durante su vida, y en la política centromericana ejerciendo la Presidencia salvadoreña, y, por lo mismo, debe clasificarse su personalidad como la del individuo que sufre de esquizofrenia como ahora se dice. Su conducta y la expresión de sus ideas, carecían de armonía en todos los actos de su vida pública y privada. Fué, en fin, ese célebre mandatario salvadoreño, un hombre raro, cuya psicología es digna de un estudio especial.

En marzo de 1903, se verificó la batalla del "Aceituno", en Honduras. El general Sierra, que mandaba las fuerzas del Gobierno del doctor Arias, instalado en la capital, fué completamente derrotado por las del general Bonilla, abriéndosele a éste, las puertas de Tegucigalpa en abril del mismo año, organizó su Gobierno, quedando ese país una vez más; en tranquilidad.

El general Sierra, después, del fracaso del "Aceituno", y acompañado de su esposa, doña Carmen, se dirigió a Nicaragua. Esta señora, al conocer en Tegucigalpa, el fracaso de su esposo, salió con rapidez a unirse con él y a obligarlo a que se retirara hacia Nicaragua. Si ella mujer varonil e inteligente, no procede en esa forma, es probable que el general Sierra hubiera sido capturado por las victoriosas fuerzas del general Bonilla.

Los esposos Sierra, acompañados de unos pocos militares llegaron a Chinandega, en donde fueron muy bien recibidos. Traían consigo, una recua de mulas, y con ese motivo corrió el rumor de que en esas bestias llevaban un cargamento de dinero. Nada de eso fué cierto. Lo que llevaron los esposos Sierra a Chinandega, al abandonar Honduras, no era otra cosa que su equipaje y enseres de propiedad particular que doña Carmen pudo sacar de su casa en Tegucigalpa. El general Sierra, era un hombre completo, incapaz de cometer hechos de tal naturaleza, como el que se hizo circular en aquella época, de su llegada a Nicaragua en marzo de 1903.

Al llegar a Chinandega, el Presidente Zelaya, puso a las órdenes del general Sierra, un tren para que se trasladara con su esposa a la capital, y al llegar ahí, se hospedaron en el Hotel Lupone.

Comisionado por el general Zelaya, fuí yo al hotel a saludar en su nombre a los esposos Sierra, ofreciéndoles cariñosa hospitalidad. Hablé largo rato con él, durante mi visita al hotel y tratamos, como era natural, de los últimos suce-

sos ocurridos en Honduras, y al referirme los detalles de la batalla del "Aceituno", perdida por él, me soltó esta extraña frase: "yo derroté al general Bonilla en el Aceituno", frase que me sorprendió, notando, además, por sus gestos, que en esos momentos sufría de algún síntoma de alucinación. Su estado mental no parecía bien estabilizado, y sus expresiones, relatando los acontecimientos ocurridos, eran febriles. Sentí honda pena al oírlo, y al terminar su relato me despedí de él.

Al regresar al Campo de Marte, refería al Presidente Zelaya, la conversación que acababa de tener con el general Sierra, y las frases que me había dicho. El general convino conmigo, en que su pobre y buen amigo no andaba a esas horas, bien de la cabeza.

El general Sierra permaneció dos días más en Managua, recluso en el cuarto del hotel con su esposa, sin recibir a nadie; pero al dirigirse a Granada, envió a uno de sus compañeros a agradecer al general Zelaya sus atenciones e informarle de su resolución de trasladarse a Diriomo, pueblo cercano a Granada, donde doña Carmen poseía una pequeña finca de agricultura.

Vivió allí con su esposa hasta 1907, año en que una vez más, tomó parte en las contiendas hondureñas, logrando en la batalla de Namasigüe, cobrar al general Bonilla la derrota que éste le propinara en el "Aceituno", cuatro años antes, y en el mismo mes de marzo.

Al finalizar la campaña de 1907, con la derrota y caída del poder de su enemigo el general Manuel Bonilla, el general Sierra, regresó nuevamente a la pequeña heredad de su esposa en Diriomo, hasta su muerte, ocurrida allí repentinamente. Como la finca carecía de agua potable, el General resolvió cavar un pozo en ella. Trabajaba allí como un peón, pero estaba muy viejo y probablemente la fuerza física que desplegaba en esa ruda tarea le produjo un ataque cardíaco, que le ocasionó la muerte. Creo que ya había pasado de los setenta y cinco años de edad. Murió como había vivido, trabajando con los arneses puestos.

Conocí, al general Sierra por primera vez en Granada, en el año de 1884. Trabajaba como tipógrafo en la Tipografía de "El Centroamericano", propiedad de don Anselmo H. Rivas, periodista y amigo del general Sierra, viviendo éste en un humilde cuarto, cerca de la imprenta, en donde trabajaba para ganarse la vida.

Aunque, el general Sierra no era un talento, ni logró obtener completa educación, fué un verdadero y noble luchador en los campos de la política, hasta llegar a ser Jefe de Estado en su patria, jefe militar de señalada importancia, en los campos de batalla de Honduras, Nicaragua y El Salvador, y ejerció por más de treinta años la jefatura del partido liberal hondureño.

Como gobernante, el general Sierra, hizo labor de estadista, impulsando obras de progreso, y, sobre todo, lo que es más digno de alabar en un hombre de estado, en estos países y en aquella época, fué su reconocida probidad; manejó con pureza el erario de la nación, y al abandonar la Presidencia, dejó en la Caja del Tesoro hondureño, más de un millón de pesos. Además, fué humilde y modesto en su vida privada y oficial, y amigo sincero y leal.